



MEDIO AMBIENTE

SECRETARÍA DE MEDIO AMBIENTE Y RECURSOS NATURALES



IMTA

INSTITUTO MEXICANO DE TECNOLOGÍA DEL AGUA

Narraciones y LEYENDAS del Ciguapa:

Sirenas y otros seres



398.2 Chaves López, Natalia

C33

Narraciones y leyendas de agua: sirenas y otros seres / Natalia Chaves López y Marina Ruiz Rodríguez, coordinación editorial. -- Jiutepec, Mor. : Instituto Mexicano de Tecnología del Agua, ©2022. 60 p.

ISBN 978- (obra impresa): 978-607-8629-34-3

ISBN Colección Narraciones y leyendas del agua: 978-607-8629-18-3

1. Agua 2. Leyendas

Narraciones y leyendas del agua: Sirenas y otros seres

Observatorio Coyuntural Antropológico (Programa de tutorías para las licenciaturas de la ENAH):

Gastón Macín Pérez, Karina Munguía Ochoa, Natalia Chaves López, Elizabeth Mateos Segovia, Blanca María Cárdenas Carrión, Manuel Melesio Velázquez, Óscar Alí Nava García, José Abraham Méndez Hernández, Carlos Arturo Hernández Dávila y Raquel Urroz Kanán.

D.R. © 2021 Instituto Mexicano de Tecnología del Agua
Blvd. Paseo Cuauhnáhuac 8532, Progreso,
62550 Jiutepec, Mor., México
Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales

Adaptadores: Karina Munguía Ochoa, Natalia Chaves López, Elizabeth Mateos Segovia, Blanca María Cárdenas Carrión, Manuel Melesio Velázquez, Gastón Macín Pérez, Óscar Alí Nava García, José Abraham Méndez Hernández y Carlos Arturo Hernández Dávila

Presentación: Raquel Urroz Kanán

Coordinación editorial: Natalia Chaves López y Marina Ruiz Rodríguez

Selección y edición: Marina Ruiz Rodríguez y Mónica Paulina Gutiérrez Jiménez

Cuidado de edición: Marina Ruiz Rodríguez, Helena Rivas López y Emilio García Díaz

Ilustraciones de interiores y diseño de portada: Nathalia del Rayo Belmonte Casas y Adolfo Remigio Armillas

Diseño editorial y formación: Adolfo Remigio Armillas

Referencia de la narración “La sagrada madre Suyul”: Morales Escobedo, Luis (2010) Relato de Suyul. *Revista K´uxaelan*, Edición *Li´ Ch´ulele* (2), diciembre s/p. San Cristóbal de las Casas.

Referencias de la narración “Churuwí y el llamado de la lluvia”: “El Rapto de la Serpiente de Agua”, en Enrique Alberto Servín Herrera, *Anirúame. Historias de los Tarahumaras de los tiempos antiguos*. Secretaría de las Culturas y Artes de Oaxaca, México. pp. 154-155. Y de “La lluvia reciente”, en Patricio Parra, *Rarámuri Oseriwara. Escritos en Rarámuri*. Conaculta, México. P. 115.

<http://doi.org/10.24850/b-imta-2022->

ISBN: 978-607-8629-34-3

ISBN Colección Narraciones y leyendas del agua: 978-607-8629-18-3

Octubre 2022, Jiutepec, Morelos

Hecho en México / *Made in Mexico*

Queda prohibido su uso para fines distintos al desarrollo social.

Se autoriza la reproducción sin alteraciones del material contenido en esta obra, sin fines de lucro y citando la fuente.



Narraciones
y LEYENDAS
del Ciguá:

Sirenas y otros seres

Sumérgete en las profundidades de las aguas con la compañía de sirenas y otros seres desde la tradición oral de pueblos originarios de México.

Presentación

Este libro forma parte de las cosmovisiones de los diferentes pueblos indígenas en México que están repletas de narraciones asociadas a la naturaleza. Desde hace siglos, en sus relatos se reflejan los saberes ancestrales para la reproducción de la cultura y sus vínculos con la religión católica. Dentro de sus modos de vida comunitarios, se encuentra la estrecha relación que existe entre las sociedades y los elementos de la naturaleza. El agua y la tierra se complementan y equivalen al cosmos, y de ellos nace el resto de las formas que adquiere el paisaje, como son los cerros y los volcanes.

Es el agua, sin embargo, el elemento que une a todos los demás, en todas sus formas, se une a los seres humanos, se presenta en abundancia o en escasez; con fuerza o en calma; canta, grita, llora. Es sirena, madre, niña, huracán, maíz y virgen. Tiene, asimismo, la cualidad de su ausencia, de modo que el agua es cambiante, como los ciclos de la vida.

Todas las acciones humanas de nuestros personajes responden a la atracción del agua, a su poder y sus marcas en el paisaje. Sus señales y sus recorridos a veces son impredecibles y caóticos; otras, benévolos y benditos. Así, pues, el agua siempre habita una geografía sagrada, porque pertenece al mundo donde gobiernan las fuerzas o seres de otros ámbitos, que tienen la facultad de irrumpir en nuestras vidas permanentemente. En estos relatos se accede a la diversidad de la identidad indígena de México y a las historias primordiales que revelan las leyes de la vida y su forma de preservarlas y transmitir las. La veneración, el respeto, el temor y el deslumbramiento son algunos sentimientos que produce el líquido vital entre los pueblos que aún escuchan su medio ambiente.

Raquel Urroz Kanán

ÍNDICE



La sirena tepehua..... 6



La divina madre Suyul 15



La laguna de las serpientes..... 2



Churuwí y el llamado de la lluvia 29



La sirena de la laguna del Toro 36



Yáktzini, el dios huracán 42



La cantora..... 50



San Juan el Alto 55



La laguna Ojo de Mar 61



La niña que trajo de vuelta el agua 66

La sirena tepehua

Comunidad: tepehuas de Huehuetla, Hidalgo

Narrador: José Romero

Adaptación: Karina Munguía Ochoa



Don José es curandero, un hombre mayor, hablante de tepehua, que narra su historia de amor con la sirena, y sus encuentros en ríos, pozos y manantiales.

La sirena es chiquita. Es como una niña, pero su cara se ve de una mujer grande. Cuando está conmigo, platicando, cambia de altura, como gringa, alta. Así merito, güerita.

La encontré un día acá abajo, en el pozo. Andaba yo pelando con mi machete y cuando me di cuenta ¡ya estaba a mi lado!

Me dijo:

—Yo no te voy a olvidar. Te voy a llevar a mi casa.

—¿Por qué? No quiero ir.

—Te voy a llevar, ¡aunque no quieras!

Una vez me agarró la mano, me quería llevar a su mundo. Los compañeros nomás gritaban:

—¡Lo va a llevar la sirena!

A veces, cuando iba al pozo, le llevaba pan y refresco como regalo. Se los echaba ahí en el agua, después echaba aguardiente. Se juntaban muchos pecezotes. La sirena me explicó:

—Son mis hermanos que están en la poza.

—¿Me das uno?

—No, ¿para qué te los vas a llevar? Vente, te llevo mejor conmigo. A mi casa que está en otro mundo, es como otro pueblo.

—No. ¡No quiero! ¿Cómo voy a regresar a mi casa? ¿Cómo voy a salir de ahí?

—¡Ah! pues te sales, después ya apareces en tu mundo. Te puedes convertir en otra cosa—, dice.

—¿En qué otra cosa me puedo convertir?

—En víbora.

—No, no. ¡Qué tal si me matan por ahí! — le digo.

—No, no te hacen nada—, dice.
—Yo no quiero entrar al río. Tú aguantas la respiración, yo me ahogo.
—No. Adentro no hay nada. Nomás pasando aquí, en un minuto, ya estamos hasta arriba—, dice.
—¿Ónde?!

—Ahí, en mi casa. En este cerro. Adentro están todos, mis papás también—, dice.
—¡Ah! ¿De veras sí? ¿No me engañas?
—Bueno, pues si no vienes ni modo. Pero, nunca te voy a olvidar, ¿eh?
—¿Por qué?
—Porque eres mi hermano—, dice.
—¿¡Ah!?! A poco también tu papá es mi papá.
—Sí, pero también va a ser tu suegro—, dice.
—Ah, ¡eso no se puede! No. Ya tengo esposa.
—¡Aunque! yo no te deajo. ¡Hasta que te mueras! Te voy a llevar.
—No. Cuando yo me muera, me voy a ir a mi lugar con Dios.
—¡Por eso! Aquí vas a venir. Aquí va a estar tu espíritu. Aquí ya te tengo.
—¡Ah! No es cierto. ¿Cómo que tienes mi espíritu?
—Porque ya tiene tiempo que nos estamos conociendo.
—¡Quién sabe!—, le digo.
— Yo no sueño nada. No. Pero contigo sí sueño. A veces... Aquí estás conmigo ¡adentro del agua!
—¿Adentro?
—Sí. Cuando crece el río, tú estás aquí metido—, dice.
— ¡No! No sé nadar.
—No. No porque... es tu espíritu.





Así siempre me habla la sirena. Desde chiquito que la encontré me besó muchas veces. Me besó como 12 veces:

—Tú vas a ser mío—, dice.

—¿Eh? ¡Nah!

—Sí. Porque te estoy besando. Y tus compañeros... te están mirando.

—Preguntan por qué me estás besando. Creen que me vas a comer. ¡Ay!





—¡Ay, este muchachito!
cuando me besas ¿sabes
cómo me siento? Pues
que me sacas el corazón.
A ti te conocí de chiquito,
cuando tenías diez años.

Y te quise y me quisiste
también. Cada vez que venías, te la
pasabas nadando en el agua, y llegabas
hasta mi lado. Por eso no te puedo olvidar.
¡No te puedo olvidar!
Yo estoy como siempre y tú te estás
haciendo grande, porque siempre estás en el
mundo y yo estoy en el agua. Yo me baño a
diario.

—Pues ¡yo también me baño a diario!

—Pero no estás nadando en el agua.
Yo siempre ando nadando.

Para mí es la pececita. Así le digo.

Cuando se sienta sus pies se hacen de lado. Se sienta y su cola de pez está atrás, pero con pies, como nosotros. Una vez le agarre su colita:

*—No me hagas así—, me dice. —¡No me apachurres así!
—¿Por qué? ¿Por qué mueves tu cola?
—Pues, el aire. Vivo de otro modo, ustedes que están en el mundo se sustentan en el aire... suspirando. Yo respiro con el aire.*

Una vez fui a La Esperanza. Y la vi sentada. Estaba jugando con sus pies en una laja que salía del agua. Estaba jugando. Me vio, y risa y risa, me dijo:

*—¿Verdad que tú no me tienes miedo?
—¿Por qué te voy a tener miedo si eres una cristiana?
—Yo te conozco y sé que vas a venir conmigo. Te estoy esperando aquí.
—¿Por qué? Yo nunca vengo para acá.
— Te voy a pasar al agua.
—¡No! ¿Si me lleva el río?
—No, no te lleva.*

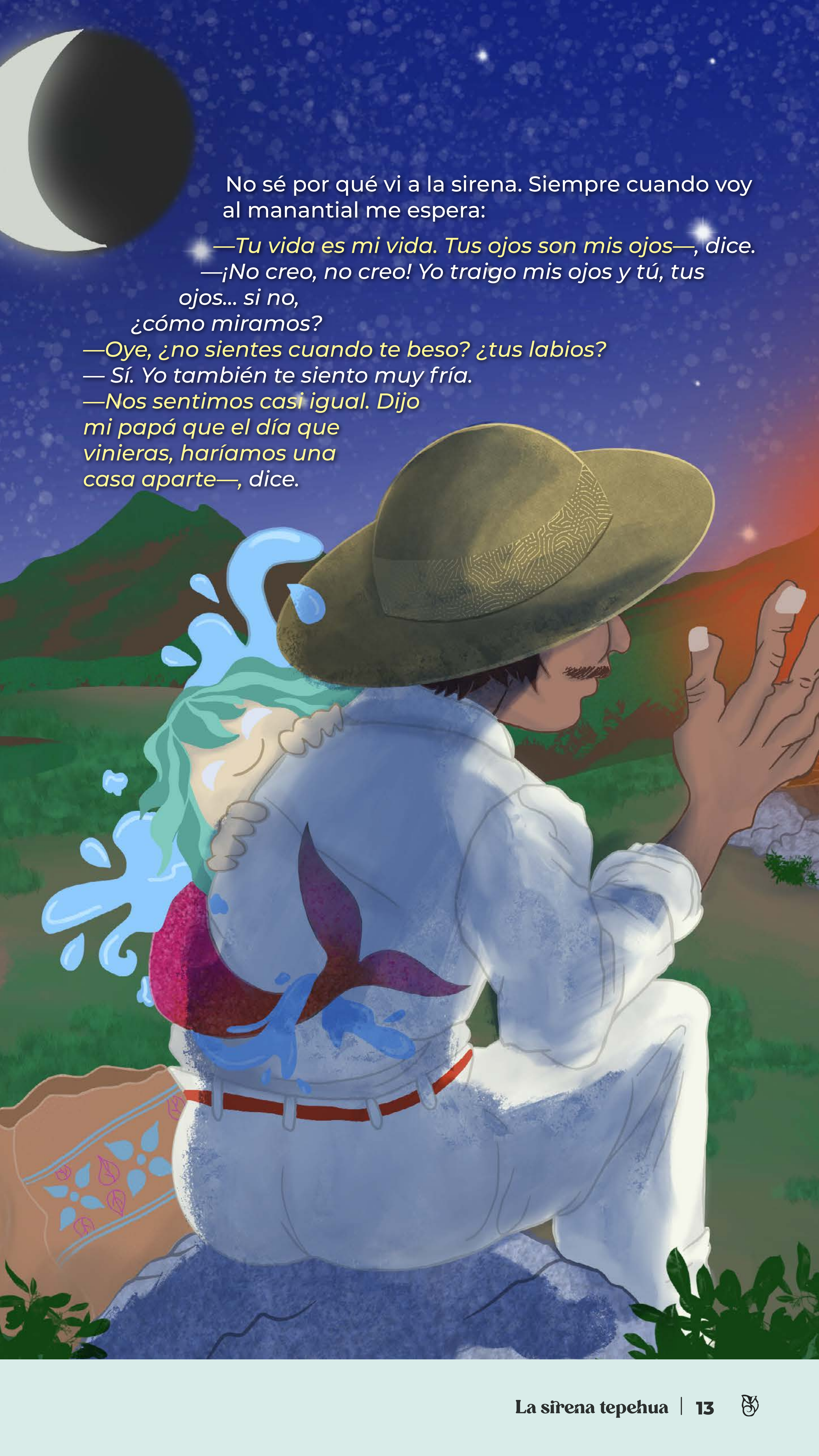
Y en eso... ¡que me agarra la mano!

Me pasó al otro lado. Fuimos a donde vive la sirena. Es un pueblo bonito, con nombre en mexicano que está abajo del agua. Ahí todo es de oro y no falta nada. ¡Parece una ciudad grande! De todos modos, yo le pregunté:

*—Pero ¿para regresar?
—No. Ahorita pasamos la chorrera. Allá es una playita. ¡Vamos a ver a mi papá! Ahí están sentaditos, son sirenos. Los conoces también.*

Estaban ahí sentados. La mamá se parece a la sirena y su papá se parece al señor San José. Él me dijo:

*—Viniste con mi hija. Llegaste. No seguido te encuentro al lado de mi hija, pero donde ella te espera, tú siempre llegas. Tantos años que ya... ¡están juntados!
—¡Ay! No sé.
—Sí. Mi hija de chiquita te encontró. Donde llegabas a bañarte, nosotros te estábamos viendo. Decíamos: ¿vas a venir a quedarte con mi hija?
— Pues no. Nomás vengo a conocerlos, a ustedes que están aquí.*

A man with a mustache, wearing a large, wide-brimmed sombrero and a white, long-sleeved shirt, is shown from the back, holding a mermaid. The mermaid has long, wavy green hair and a red tail. They are standing on a rocky ledge overlooking a landscape with green hills and a sunset sky. A large, dark, crescent moon is visible in the upper left corner of the page.

No sé por qué vi a la sirena. Siempre cuando voy al manantial me espera:

—*Tu vida es mi vida. Tus ojos son mis ojos*—, dice.

—*¡No creo, no creo! Yo traigo mis ojos y tú, tus ojos... si no, ¿cómo miramos?*

—*Oye, ¿no sientes cuando te beso? ¿tus labios?*

—*Sí. Yo también te siento muy fría.*

—*Nos sentimos casi igual. Dijo mi papá que el día que vinieras, haríamos una casa aparte*—, dice.

—¿Por qué? ¿En dónde vamos a hacer la casa?
—¿Quieres saber dónde vamos a hacer la casa?
— ¿En el mundo o adentro del agua?
—Vamos a hacer la casa donde pasa la chorrera—, dice.
—¡Nah! ¡Se la va a llevar el agua!
—¡No! ¡Cómo crees que nos va a llevar! El agua no nos lleva. El agua es una vida.

Por eso la sirena ¡no me puede olvidar! Tiene mi espíritu con ella. Anda siguiéndome, atrás de mí.

Anda conmigo. Dice que está enamorada de mí y no me quiere dejar. Aunque ande borracho, el agua no me lleva, porque la tengo de amiga. Es una muchacha, nadie la ve, pero está atrás de mí, en mi espalda. Ustedes nada más ven bien mojada mi camisa. Escurriendo el agua.

Ella siempre está conmigo.

Así cuenta Don José de sus encuentros con la sirena.



La divina madre Suyul

Comunidad: tseltales del municipio de Tenejapa, Altos de Chiapas

Narradoras: Petrona López, Petrona Luna y Josefa Hernández

Adaptación: Natalia Chaves López

El anciano Alux teje su red de cacería junto al fogón mientras llama a sus nietos:

—Hijitas, hijitos, vengan a sentarse, les voy a contar la historia de la divina Madre Suyul, nuestra laguna querida.



—Todo comenzó cuando una niña nació en el pueblo de Tenejapa, ella no comía, solo lloraba con un sonido muy particular:

—sul, sul, sul, sul.

Sus padres se preguntaban qué le pasaba, si estaría enferma. Su mamá decía:

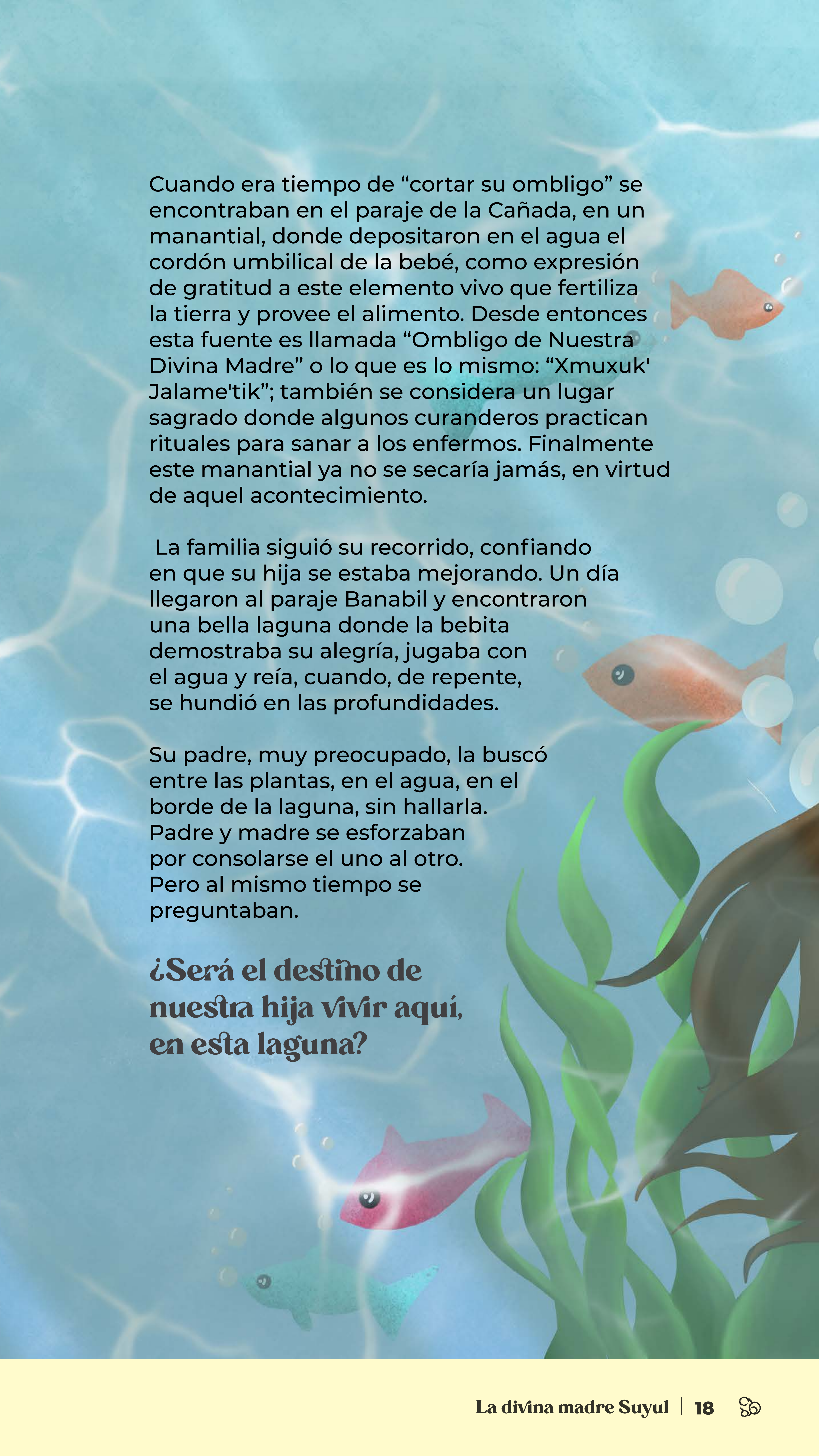
—¿Por qué será que no agarra su lechita de mi pecho?

Extrañados pidieron ayuda a un pulsador o médico tradicional, quien habló con la sangre de la niña y les explicó a sus padres:

—La niña no es regalo dentro de su casa. No se preocupen, su hija está sana, llévenla al campo a visitar los manantiales.

Los padres comprendieron entonces que su hija no crecería con ellos, porque había venido al mundo como un regalo de los dioses que estaba por descubrirse. Salieron juntos a caminar por las montañas visitando, uno por uno, cada ojo de agua de la región. La niña en estos lugares se calmaba, se alegraba y así también su familia.





Cuando era tiempo de “cortar su ombligo” se encontraban en el paraje de la Cañada, en un manantial, donde depositaron en el agua el cordón umbilical de la bebé, como expresión de gratitud a este elemento vivo que fertiliza la tierra y provee el alimento. Desde entonces esta fuente es llamada “Ombligo de Nuestra Divina Madre” o lo que es lo mismo: “Xmuxuk' Jalame'tik”; también se considera un lugar sagrado donde algunos curanderos practican rituales para sanar a los enfermos. Finalmente este manantial ya no se secaría jamás, en virtud de aquel acontecimiento.

La familia siguió su recorrido, confiando en que su hija se estaba mejorando. Un día llegaron al paraje Banabil y encontraron una bella laguna donde la bebita demostraba su alegría, jugaba con el agua y reía, cuando, de repente, se hundió en las profundidades.

Su padre, muy preocupado, la buscó entre las plantas, en el agua, en el borde de la laguna, sin hallarla. Padre y madre se esforzaban por consolarse el uno al otro. Pero al mismo tiempo se preguntaban.

¿Será el destino de nuestra hija vivir aquí, en esta laguna?

La lluvia comenzó y rápidamente fue haciéndose más intensa, parecía caer a cubetadas del cielo, el sol bajaba escondiendo su luz detrás de las montañas. La laguna se agitaba y, entonces, emergió del agua una mujer divina que resplandecía con su luz y brillo. Al mirarla detenidamente vieron que era su hija, convertida en mujer, quien les habló:



—Papá, mamá, soy yo, Suyul, su hija. Les pido perdón por hacerlos sufrir, así lo querían nuestros dioses. Ahora yo debo vivir aquí. He encontrado mi lugar, desde aquí los cuidaré con mucho amor. Yo proveeré alimento a todos los parajes de Tenejapa, no les faltará nada a los habitantes de mi territorio. Díganles a las autoridades, mayordomos y curanderos que no pasarán hambre, que no faltarán las lluvias para los cultivos. Padres, no guarden tristeza en sus corazones, vayan tranquilos, que nada les faltará, en esta laguna yo viviré y tejeré. Ahora les pido que me hagan mi huipil, faja, nagua, trenza, todo lo que las mujeres usan, así quiero yo también.

Sus padres, todavía tristes, regresaron al pueblo a contar a los principales lo sucedido, con ello comprendieron que era la voluntad de los dioses que cada tres años fuera vestida la “Divina Madre Suyul” con un traje tradicional de Tenejapa como regalo de agradecimiento por las bendiciones que derramaba sobre su pueblo natal.

Su familia y los vecinos del paraje madrugaron al día siguiente para ofrendar a la virgen de la laguna velas, flores, incienso y aguardiente. Hubo música y también cantos.

El abuelo Alux terminó su relato diciendo:

—Desde entonces, hijos míos, hijas mías, los habitantes de los Altos de Chiapas nos sentimos felices y protegidos, especialmente los de Tenejapa, porque la Divina Madre Suyul vive con nosotros para siempre y su corazón de madre nos cuida y nos mantiene en abundancia, así como nosotros la cuidamos y la reconocemos.



La laguna de las serpientes

Comunidad: nahuas de San Sebastián Tlacotepec, Sierra Negra de Puebla
Narradores: Eduviges Medrano, Dominga López, Isidro Cabanzo, Severiano Cabanzo, Teresa González, Demetrio Moreno, Rufino Moreno, Leri Carrera, Ramiro Barragán, Maribel Cabanzo y Germán López
Adaptación: Elizabeth Mateos Segovia

Xiuhtzi despertó con el sol que llegaba a su rostro. Acostada sobre la hojarasca, miró el musgo que cubría las piedras como una alfombra verde. Quiso levantarse, pero no pudo, y se quedó quieta, observando todo a su alrededor. Al sentir una brisa cálida, cerró los ojos y volvió a dormir.



Cayó en un profundo sueño, donde apareció la imagen de una casita de madera con techo de palma y caminó hacia ella. Al entrar vio a su padre, a su madre y a sus tres hermanas, Mixtli, Atzi y Eheca, esperándola para almorzar. Al terminar, cada quien inició sus actividades; Xiuhtzi y sus hermanas limpiaron la casa, mientras su papá trabajaba en el campo y la mamá se fue a lavar ropa al río.

La madre de Xiuhtzi comenzó a lavar con un jabón que había comprado, al que le quitó el empaque de plástico, arrojándolo a la corriente de agua sin pena. Las mujeres que ahí estaban le dijeron:

—¿No cree que ese jabón va a ensuciar el agua?, si usa eso la dueña del agua se va a enojar.

*—¿La dueña del agua? Preguntó la mamá,
—El agua no es de nadie. Contestó enojada y continuó lavando.*

Pensó que dichos comentarios los hacían por la envidia que provocaba su nuevo jabón, porque olía bonito y hacía más espuma.

Mientras tanto, el papá, después de trabajar, se bañó en otro manantial y encontró a varias personas recolectando caracoles para comer, todos sacaban del agua los necesarios para la comida, pero a él se le ocurrió sacar más para venderlos en los pueblos vecinos.



Después de un tiempo, los padres de Xiuhtzi encontraron una pequeña laguna solitaria y decidieron ir mejor ahí para lavar, bañarse, sacar caracoles y algunos peces, lejos de los reproches de la gente que les señalaba sus malos actos y ambición.

Un buen día, se elevó la neblina sobre las aguas. Los padres de Xiuhtzi se quedaron inmóviles y asustados en cuanto escucharon que alguien se acercaba lentamente, moviendo las ramas de los arbustos.

—¿Quién es? Preguntaron, pero nadie les contestó.

El agua de la laguna comenzó a burbujear. Cuando se calmó, la niebla se despejó, descubriendo poco a poco la figura de una mujer sentada sobre una piedra a orillas de la laguna; tenía un vestido verde, cabello rubio y largo. Le preguntaron con voz temblorosa quién era, pero no les contestó, solo lloraba amargamente, tapando su rostro con las manos, y en un instante desapareció.



Pasaron años y ellos seguían con sus malas costumbres, hasta que el manantial se secó y la laguna se convirtió en un charco de agua contaminada. Un día que extrañamente no encontraban el camino de regreso a su casa, comenzó una tormenta y tuvieron que refugiarse en una cueva; donde, mojados y con frío, esperaban a que terminara. Se estremecieron por un rayo y escucharon el llanto de la mujer que en aquella ocasión se les había aparecido en el manantial.

Esta vez iba con un señor viejo de larga barba, con sombrero de palma y ropa de manta, quien les dijo:

–Ustedes y su familia serán castigados, porque ensuciaron y secaron la laguna, no les importó su llanto y se llevaron muchos animales sin permiso.



En un instante, los espíritus de la cueva desaparecieron.

Al llegar a casa, las cuatro hijas dormían en sus hamacas y los padres velaron su sueño por temor a que algo les pasara. Amaneció lloviendo, y en cuanto comenzaron a escucharse los truenos, las muchachas salieron corriendo hacia una pequeña loma, se tomaron de las manos y bailaron en círculos, cantaron una canción en náhuatl que nadie entendía, mientras sus pies se alejaban del suelo y sus cabellos se volvían llamas de fuego, se elevaron y volaron hacia un cerro.

Xiuhtzi despertó llorando del sueño, se dio cuenta de que no podía levantarse del suelo, porque ahora era una serpiente. Logró arrastrarse hacia la laguna resplandeciente, donde encontró a sus hermanas, Mixtli se despedía emergiendo del agua en forma de nube hasta llegar al cielo, a Eheca le salieron plumas blancas y se fue volando, moviendo las copas de los árboles, Atzi se desvaneció lentamente en las aguas de la laguna, por último, Xiuhtzi subió a las rocas del manantial y se convirtió en la hierba que ahí crece. Con el llanto que derramaron las muchachas-serpientes, la laguna creció y hubo mucha agua para los pueblos que la cuidan.

Sus padres nunca volvieron a verlas y ellos, al morir, tuvieron que servir a los espíritus de la cueva para pagar por sus malas acciones.



Churuwí y el llamado de la lluvia

Comunidad: rarámuris de Norogachi, Sierra Tarahumara, Chihuahua

Narrador: Enrique Alberto Servín Herrera y Patricio Parra

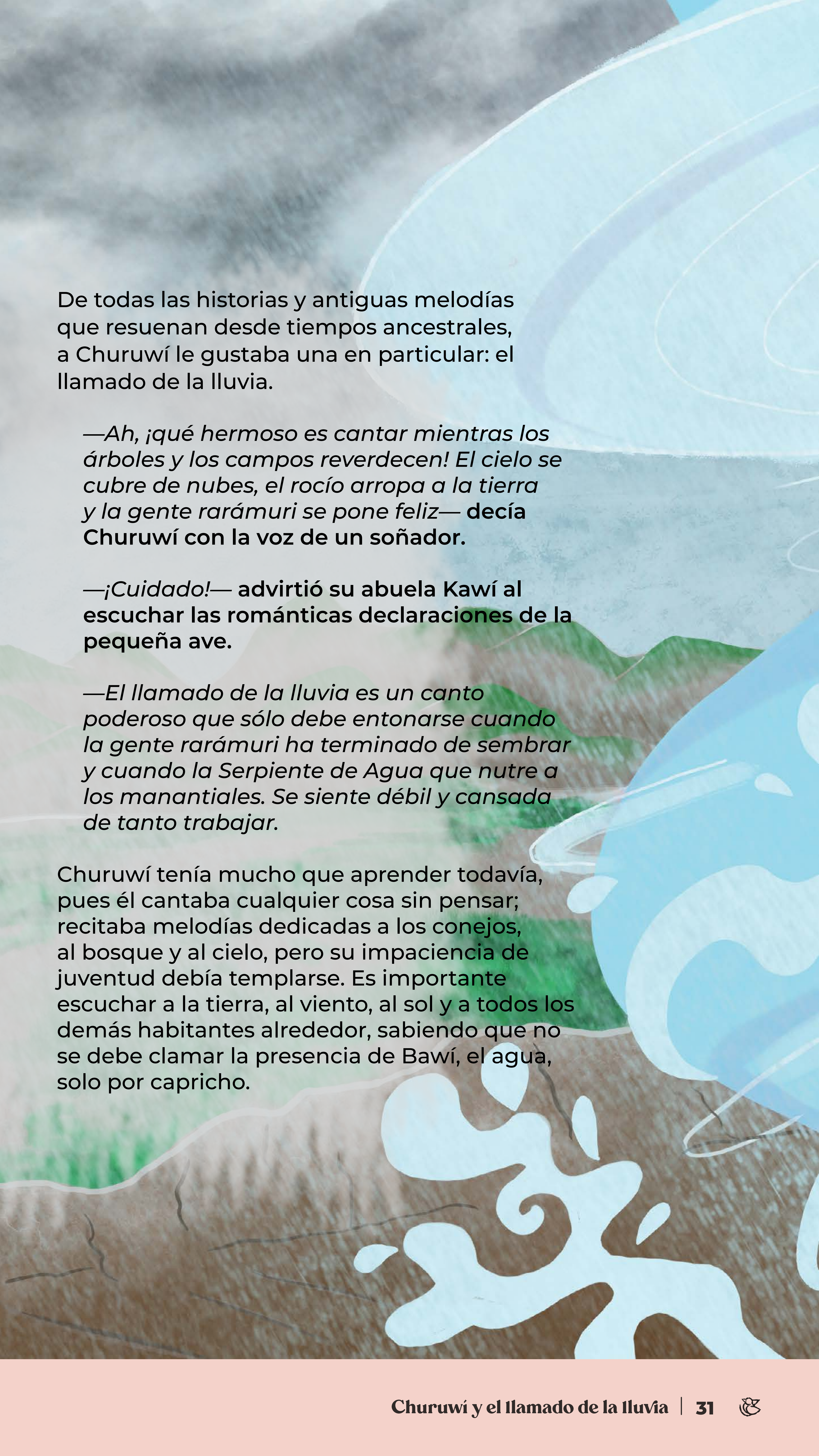
Adaptación: Blanca María Cárdenas Carrión

A su corta edad, Churuwí ya sabía que cantar era la actividad que más disfrutaba. Cantaba y cantaba, por la mañana y por las noches, en compañía de sus hermanos o el solo. El gorjeo de Churuwí era hermoso y se advertía por toda la sierra Tarahumara; el sonido viajaba kilómetros hacia los barrancos más profundos, rebotando en las cuevas y regresando a lo alto de las montañas. A Rayénari, el Sol, le complacía escucharlo.





Como buen gorrión que era, Churuwí se sabía a la perfección todos los cantos que los abuelos pájaros habían creado. En la sierra Tarahumara, las aves han colaborado con el orden del mundo desde su origen, y sus murmullos han colmado de abundancia a la Tierra. Nuestros antepasados, los anayáwari, contaban que hace mucho tiempo, el mundo era plano y húmedo; no había cerros ni lomas, por lo que era difícil que el agua corriera. Al contrario, el agua se estancaba cuando llovía o se filtraba en el suelo. Entonces, según se cuenta, un colibrí de pecho azul, el gran Simuchí, más rápido y valiente que los halcones, decidió volar a gran velocidad y, con su afilado pico, comenzó a rayar la superficie de la Tierra, perforando lo que hoy vemos como arroyos y barrancas.



De todas las historias y antiguas melodías que resuenan desde tiempos ancestrales, a Churuwí le gustaba una en particular: el llamado de la lluvia.

—Ah, ¡qué hermoso es cantar mientras los árboles y los campos reverdecen! El cielo se cubre de nubes, el rocío arropa a la tierra y la gente rarámuri se pone feliz— decía Churuwí con la voz de un soñador.

—¡Cuidado!— advirtió su abuela Kawí al escuchar las románticas declaraciones de la pequeña ave.

—El llamado de la lluvia es un canto poderoso que sólo debe entonarse cuando la gente rarámuri ha terminado de sembrar y cuando la Serpiente de Agua que nutre a los manantiales. Se siente débil y cansada de tanto trabajar.

Churuwí tenía mucho que aprender todavía, pues él cantaba cualquier cosa sin pensar; recitaba melodías dedicadas a los conejos, al bosque y al cielo, pero su impaciencia de juventud debía templarse. Es importante escuchar a la tierra, al viento, al sol y a todos los demás habitantes alrededor, sabiendo que no se debe clamar la presencia de Bawí, el agua, solo por capricho.

—Si llamas a la lluvia antes de tiempo, el agua se desperdiciará y generarás torbellinos— insistió la abuela Kawí.

—Hace tiempo, en Norogachi, llegó un torbellino que, enojado por ver a la gente tan borracha, se robó a la Serpiente de Agua del manantial. ¡Todos vieron cómo el torbellino y la Serpiente se iban abrazados por el cielo, sin volver jamás!

Al escuchar con atención las sabias palabras de Kawí, Churuwí sintió miedo de cometer un error, provocar malas cosechas o, peor aún, dejar a alguna rancharía sin agua para siempre. ¿Cómo reconocer el momento correcto para cantar? Churuwí calló durante varios días sin saber qué hacer hasta que una tarde el viento trajo a sus oídos una hermosa combinación de sonidos y silencios. No era un ave. Churuwí voló un poco para ver de qué se trataba.





Llegó a lo alto de un mezquite, se detuvo y observó. Un hombre hacía sonar una sonaja y marcaba una cadencia que era seguida por el violín y por los capullos secos de mariposa colocados en los tobillos de tres danzantes. Churuwí escuchaba con atención y no comprendía por qué o cómo este conjunto producía una música que, sin conocerla o poder replicarla, lo motivaba a cantar. La gente rarámuri había terminado de sembrar y ahora celebraba un Yúmari para pedir salud, comida y vida. ¡Ésa era la señal que Churuwí esperaba! Hacía calor y era tiempo de que las plantas comenzaran a crecer.

¡Había que acompañar al violín y entonar el llamado de la lluvia!



Churuwí aprendió que la música del Yúmari ayuda a las aves a saber que ha llegado el momento de cantar con más fuerza que nunca y llamar a Bawí con su mejor gorjeo, durante las mañanas y por las noches, en compañía de sus hermanos o solos, hasta que empiece a llover.



La sirena de la laguna del Toro

Comunidad: Xochimilco, Ciudad de México

Narrador: Rodolfo Cordero López

Adaptación: Manuel Melesio Velázquez

Dicen que la sirena escogió la laguna del Toro porque para muchos es un lugar especial,

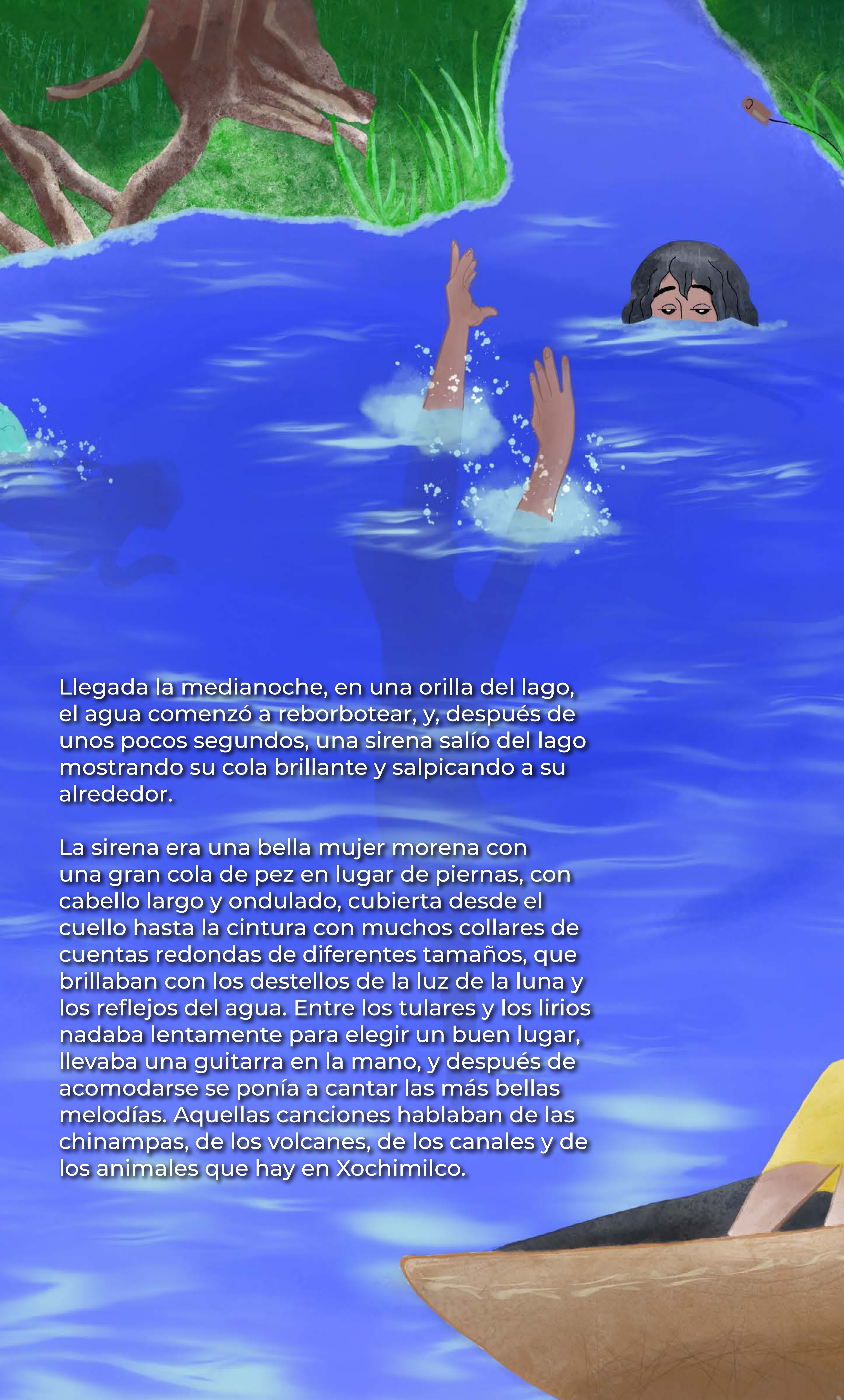
pues en aquellas aguas poco profundas, y entre las raíces de los ahuehuetes y el lodo, siempre es fácil encontrar tepalcates, pedacitos de objetos rotos de barro...





...de los comales, jarros y molcajetes, de los dioses prehispánicos con forma de ídolo, que los abuelitos arrojaron al agua para que la iglesia católica no se los fuera a quitar.






Llegada la medianoche, en una orilla del lago, el agua comenzó a reborbotear, y, después de unos pocos segundos, una sirena salió del lago mostrando su cola brillante y salpicando a su alrededor.

La sirena era una bella mujer morena con una gran cola de pez en lugar de piernas, con cabello largo y ondulado, cubierta desde el cuello hasta la cintura con muchos collares de cuentas redondas de diferentes tamaños, que brillaban con los destellos de la luz de la luna y los reflejos del agua. Entre los tulares y los lirios nadaba lentamente para elegir un buen lugar, llevaba una guitarra en la mano, y después de acomodarse se ponía a cantar las más bellas melodías. Aquellas canciones hablaban de las chinampas, de los volcanes, de los canales y de los animales que hay en Xochimilco.

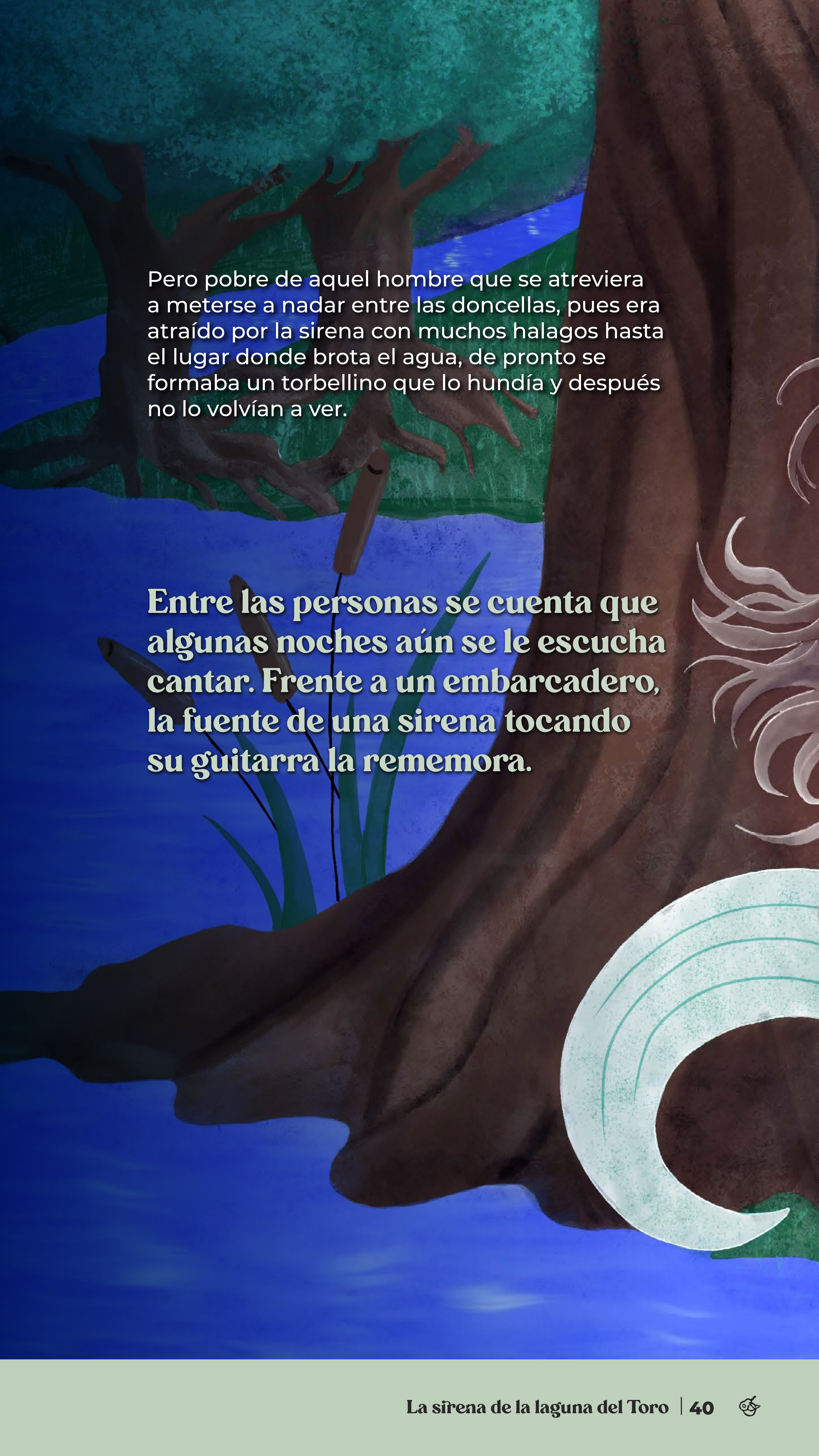


The illustration depicts a lagoon at night. In the foreground, two women are seated in a wooden boat. The woman on the left has curly red hair and is wearing a yellow dress; she holds a wooden oar. The woman on the right has long black hair and is wearing a pink dress; she holds an oar and has her hand to her mouth in a surprised or hushed expression. In the background, the water is dark blue, and a mermaid with red hair is visible. The shoreline is green with trees and reeds. The text is overlaid on the upper part of the scene.

Muchas doncellas esperaban con ansia aquella noche, con la intención de escuchar a la sirena y de pedirle ayuda para encontrar una buena pareja.

Las doncellas que vivían cerca se arrojaban presurosas al agua desde las orillas de la laguna, y aquellas que venían de otros barrios más lejanos salían desde una acequia cercana de un lugar llamado Tlateuchi, donde hay un gran ahuehuate, se acercaban remando, y luego se lanzaban al agua desde sus chalupas.



The illustration depicts a serene night scene. In the foreground, a large, dark brown tree trunk curves from the right side towards the center. The background shows a dark blue night sky with a few stars. A river flows through the scene, with a small waterfall or brook on the left. The water is a deep blue, and there are some reeds or tall grasses in the water. The overall mood is quiet and mysterious.

Pero pobre de aquel hombre que se atreviera a meterse a nadar entre las doncellas, pues era atraído por la sirena con muchos halagos hasta el lugar donde brota el agua, de pronto se formaba un torbellino que lo hundía y después no lo volvían a ver.

Entre las personas se cuenta que algunas noches aún se le escucha cantar. Frente a un embarcadero, la fuente de una sirena tocando su guitarra la rememora.



Yáktziñi, el dios huracán

Comunidad: totonacos de la Sierra Norte de Puebla

Narrador: Mateo González

Adaptación: Gastón Macín Pérez





Hace muchos años, antes de que nacieran nuestros abuelos, había una torre que era tan alta que llegaba hasta el cielo, esa torre es el cerro que ahora llaman Ya'kpixi, también le dicen Cotzoltepetl. Cuentan que allá arriba había un manantial de donde brotaba agua que rejuvenecía a quienes se bañaban con ella, por eso era el hogar de unos seres que se dedicaban a cuidar que nadie se acercara.

Aquellos que no querían envejecer subían a bañarse en esas aguas una vez al año; con el tiempo iban más y más personas. Eso provocó que los seres que habitaban allá se dieran cuenta de que podían usar el cerro para bajar a la tierra. La gente, asustada, buscó a los ancianos del pueblo para encontrar una solución a tan grave problema, pues decían que no era bueno lo que estaba sucediendo.



Los ancianos recordaron que en las faldas del Cotzoltepetl vivía un muchacho que era muy fuerte, tan fuerte que movía piedras grandes con una mano, y por eso la gente le tenía miedo; a pesar de ello, decidieron buscarlo.

—Oye, tú, Yáktzini, te venimos a ver para pedirte un favor.

—¿Qué quieren?, váyanse de aquí, no me molesten, ¿qué no ven que estoy descansando?

Yáktzini era bien conocido por tres cosas: por flojo, por borracho y porque siempre había querido ser el gobernante del mundo, por lo que sabían que no iba a ser tan fácil convencerlo y, previendo que se iba a negar a ayudar, llevaron varios litros de aguardiente para darle de beber hasta que se emborrachara. Cuando vieron que habían cumplido su cometido, le dieron un mazo y le dijeron:

—Mira Yáktzini, nos dijeron que pronto va a bajar de allá arriba alguien que va a gobernar al mundo y que quiere quitarte tu lugar, por eso te trajimos este mazo, ¡aviéntate hacía el cerro para que lo rompas!

El joven Yáktzini hizo caso, tomó el mazo con las dos manos y comenzó a girar, provocando lluvia, truenos, relámpagos y un viento torrencial; saltó impulsándose hacia la columna y, al primer golpe, la rompió, por eso ahora la cumbre se ve así, chata, como si la hubieran partido.



Cuando los ancianos vieron que el cerro se partió se pusieron muy contentos, pero también se dieron cuenta de lo fuerte que era Yáktzini, y les dio miedo de que fuera a acabar con el mundo. Nuevamente se reunieron para hallar una solución y fueron a buscar al Arcángel San Miguel, quien produce el rayo y controla la lluvia, para pedirle consejo:

—Oye San Miguelito, nos enteramos de que hay alguien que quiere ocupar el lugar de Jesús, nos dice que va a provocar un diluvio que inundará al mundo para limpiarlo, y que él es el que manda ahora—.

San Miguel informó de lo ocurrido a Jesús, quien pidió hablar con Yáktzini. San Miguel fue a buscarlo y lo encontró durmiendo recargado en un árbol. Le dijo:

—¡Ey tú!, Yáktzini, despierta, dice el padre que vas a ir conmigo, porque te va a hablar, se enteró que andas diciendo que tú eres el jefe y eso es mentira, así que levántate y sígueme—.

Yáktzini respondió:

—¿Quién es ese? no lo conozco, yo no voy a ningún lado, déjame descansar, ¿que no ves que acabo de romper un cerro y estoy cansado?

—Anda, levántate, es una orden del padre y no puedes negarte.

—Ya te dije que no voy a ir, no hay otro que mande en el mundo, el único que manda soy yo.

San Miguel regresó y platicó a Jesús lo sucedido, a lo que le respondió:

—Está bien, dile a Santiago Caballero que venga.

Santiago acudió de inmediato al llamado y recibió la orden de seguir a San Miguel. Cuando llegaron ante Yáktzini, una vez más se negó a acompañarlos. Molesto comenzó a gritar y a girar provocando un huracán. Entonces, al ver que lo destruía todo, Santiago y San Miguel lo combatieron. Santiago lo enredó con su lazo mientras que San Miguel sacó su espada y le arrojó relámpagos.





Con gran esfuerzo lograron detenerlo y lo arrastraron ante la presencia de Jesús, quien le advirtió que lo castigaría por desafiarlo.

De regreso al Cotzoltepetl, Yáktzini comenzó a hacer destrozos porque estaba molesto de saber que había alguien más poderoso que él gobernando el mundo. Entonces los ancianos se volvieron a reunir y hablaron para buscar una solución.

Una vez más fueron a ver a San Miguel, para hacer un plan. Le pidieron que cubriera de nubes la montaña para ocultar la cima y que no se viera que ya estaba rota, así engañarían a Yáktzini.

Acudieron al lugar donde descansaba Yáktzini y le dijeron:

—¡Oye tú! Te trajimos aguardiente como ofrenda, está recién hecho, es todo para ti.

Yáktzini se puso muy contento y bebió hasta emborracharse, entonces llamaron a San Miguel para que comenzara a trabajar en lo acordado. Formó nubes en la punta del cerro, y la neblina bajaba hasta cubrirlo todo, la lluvia empezó a caer. Entonces le dieron una vez más el mazo a Yáktzini y uno de los ancianos le gritó:

—¡Mira!, la última vez que te pedimos que rompieras esa columna no lo hiciste, estabas borracho y te equivocaste, ahora por eso va a bajar ese que quiere ocupar tu lugar.

Yáktzini miró hacia arriba, pues recordaba que él sí la había roto, pero no logró ver nada porque toda la montaña se encontraba cubierta de nubes. Entonces, molesto, tomó el mazo y se aventó con más fuerza que antes, pero, como ya no había nada, se siguió de largo y fue a dar hasta el mar, ahí San Miguel le arrojó una estrella para que al caer no pudiera levantarse.



Entonces, pidió a la Virgen María que le obsequiara dos de sus cabellos, los cuales se convirtieron en cadenas de oro que utilizó para aprisionarlo en el fondo del mar. Yáktzini quedó atrapado.

Una vez encerrado, se ordenó a las estrellas mantenerlo vigilado desde el cielo, si en algún momento intenta salir, ellas avisarán a San Miguel para que lo devuelva a su prisión.

Desde entonces permanece confinado en las profundidades del mar, y siempre pregunta por el día de su cumpleaños, pues quiere hacer una fiesta en la que provocará una lluvia muy fuerte que inundará al mundo. Por eso nunca le dicen la fecha, pues a pesar de que ya está viejo, aún tiene la fuerza para acabar con el mundo.



Yáktzini es quien provoca los huracanes y solo San Miguel puede detenerlo.

Ahora la gente sube a la cima del Cotzoltepetl los días tres de mayo, van en búsqueda de una laguna llena de camarones, que a decir de los abuelos, está conectada con el mar. En la parte más elevada colocan ofrendas para que el dios huracán esté contento y no provoque lluvias torrenciales que destruyan las milpas. En ese mismo lugar también rezan a San Miguel, para que impida el regreso de Yáktzini, evitando con ello el diluvio que acabaría con el mundo.



La cantora

Comunidad: Tlaquiltenango, Morelos

Narrado por: José René Gama Beltrán

Adaptación: Oscar Alí Nava García

En la ribera del río Yautepec se encuentra el puente de la Cantora, muy cerca del histórico puente de Santo Domingo Tlaquiltenango.

Quienes han vivido por muchos años a las orillas del río dicen escuchar un canto, o quizás un llanto, no están seguros, de una mujer o lo que fue de ella, su espíritu, su esencia. Se trata de una mujer que vivió por allá de 1617.



Dicen que esta mujer, hija de un gran líder del pueblo de Tlaquiltenango, se enamoró de un español al inicio de la Colonia, y dicen que logró enamorarlo con su canto divino, un canto que evocaba la gloria de su comunidad antes de la llegada de los conquistadores. Cada mañana, ella acudía a las orillas del río, cerca del puente, a mojarse los pies y a lavar utensilios de cocina y, mientras lo hacía, entonaba el canto que por generaciones fue transmitido cual herencia popular.

El conquistador, no inmune al poderoso encanto de una voz que sonaba con la fuerza de un pueblo herido, decidió acercarse después de haber escuchado en sigilo por varios días a la mujer cantante. Al poco tiempo comenzaron un romance que no fue bien visto por las autoridades de su pueblo, mucho menos por su padre. Ante la desaprobación y el dolor derivado del rechazo de su familia y su comunidad, la mujer de bella voz, en su rebeldía, pidió en secreto a la deidad más importante que les protegiera a ella y al recién llegado del desprecio de su pueblo, que impidiera su separación, pero que a la vez no la apartara de su tierra.





La deidad, en respuesta, convirtió con un sonoro vendaval a la pareja en un par de nutrias de río,

perros de agua, a fin de que pudieran mantenerse unidos sin que ella tuviera que apartarse de su comunidad. De esta forma, ambos pudieron disfrutar de su compañía en el mismo río en que se encontraron por primera vez, pero ahora con la complacencia de todos aquellos quienes, en su forma humana, les habían rechazado. Hoy el puente de La Cantora evoca esa historia.






San Juan el Alto

Comunidad: nahuas de San Pablo del Monte, la Malinche

Narradora: Faviola Carrillo Tieco

Adaptación: José Abraham Méndez Hernández



Como cada año, en el Alto realizamos la fiesta al santo señor Juan. Desde muy temprano se oye repicar las campanas. Poco después, la gente empieza a reunirse para ir al festejo, desde el camino vemos primero a las vendedoras de flores, que hacen coronas para la fiesta, también hay ramilletes de muchos colores y olores, ricos aromas que desprenden las rosas de castilla, las orquídeas y las amapolas; mientras los fieles van caminando a San Juan.

Los puestos de comida ya están colocados, las primeras en vender son las atoleras y tamaleras; los siguientes vendedores apenas están armando sus comedores, la iglesia está iluminada por luces y velas, y adornada por flores de distintos perfumes.

Después de un padrenuestro y una avemaría ya me urge salir a jugar en esa gran explanada de nuestro templo; mi abuelita, que me ve muy contenta, me da un dulce de esos envueltos en hojas blancas con sabor a frutas.

—Alondra, mira las nubes, el cielo está como que indeciso, ¿no crees? ¿Sabes por qué el pueblo le tiene mucho respeto al señor San Juan?

—No abuelita— contesté con la cabeza.

—Cuando yo era pequeña, mi abuelita Jovita me contó algo que pasó hace mucho tiempo.

Un día estaba San Juan sentado en su trono, conocido por todos los santos como Tlalocan. Desde ahí, él tenía mucho trabajo, ya que era el encargado de controlar el agua de todo el mundo.

—Ah, como Don Camilo, que nomás la tiene pero no la brinda ¿verdad?

—No Alondra, Don Camilo es ladrón, pero no, nada tiene que ver con nuestro señor.

El señor San Juan sí daba el agua y muy bien, pero este trabajo le impedía dormir lo suficiente, así que todos los días tenía mucho sueño. Por otro lado, algo lo mantenía muy despierto y no era precisamente su empleo, sino que pronto vendría su cumpleaños. Así que decidió celebrar con una gran fiesta en Tlaloc ichan, con todos sus amigos, el 24 de junio, un día en que siempre llueve.



En la lista de invitados estaban La Candelaria, Santa Marta, San Mateo, El Rosario, San Judas, San Pedro y San Pablo, entre otros más.

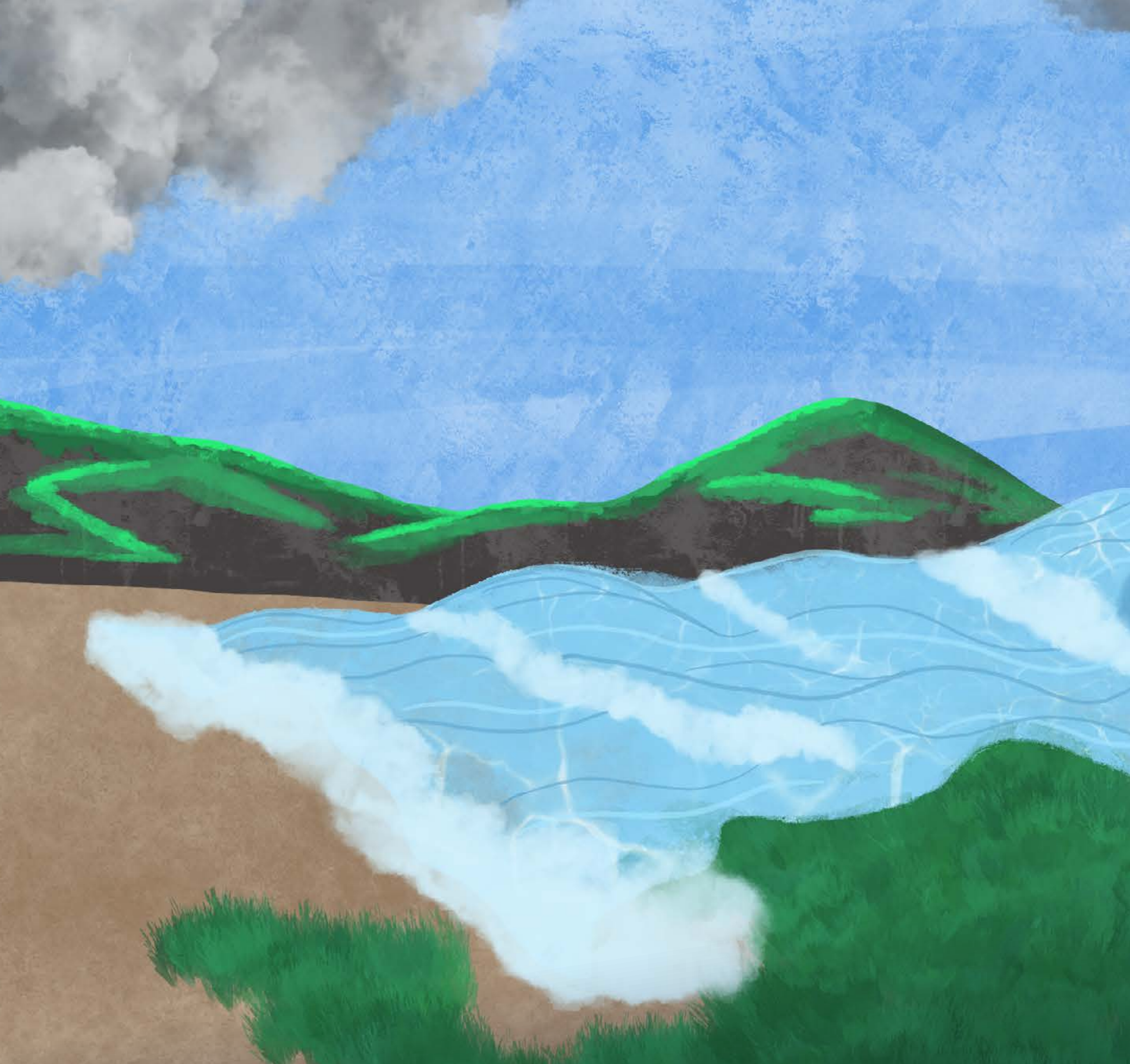
Después de realizar su lista mandó a sus sirvientes a que compraran abundante comida y él, por su parte, fue a pedir ayuda a San Pedro y San Pablo.

—Pedro, Pablo, necesito de su ayuda. Estoy muy emocionado, porque se acerca mi cumpleaños, y no cualquiera, sino un número especial, pero últimamente tengo mucho sueño por el trabajo, el cual me mantiene muy cansado, y no vaya a ser que el día de mi fiesta me quede dormido.

—Mira, Juanito, este es mi sirviente, el ángel Engañador, es listísimo, él te ayudará a que duermas bien la noche anterior a tu cumpleaños, y cuando tengas que despertar, él te hablará. En la tarde te lo envío.

Dos horas después, San Pedro y San Pablo planeaban su venganza a San Juan; les caía mal, porque la gente siempre le hace buenas ofrendas, mientras que a ellos ni quién se acuerde; solo los hombres los recuerdan en su fiesta, pero el señor San Juan siempre es recordado por todos. Llegó la víspera de San Juan, y el ángel Engañador llegó para auxiliar al Santo.

—Señor San Juan, este es mi reloj despertador, va a sonar una hora antes de que inicie su fiesta, y verá que el sonido es tan fuerte que no tendrá problema en levantarse.




Todos los invitados llegaron a la hora de la fiesta, por un ratito esperaron a San Juan, pero al ver que no aparecía se empezaron a ir. Al despertar San Juan, gracias al ruido tan penetrante del despertador, se levantó y miró su patio y vio todo vacío; se preguntó qué día era, qué día; así que salió a ver a sus amigos, pero en el camino se encontró al conejo de la verdad.

—Señor San Juan, ¿a dónde va?

—Voy a casa de San Pedro y San Pablo, a averiguar qué día es hoy.

—Señor, no están, fueron a comprar las cosas para la fiesta de ellos.

—No puede ser, ellos me engañaron; me voy a vengar de ellos, ya verán



Rápidamente subió a la montaña y abrió el Atzacualoyan y cayó una lluvia que arruinó toda la fiesta de San Pedro y San Pablo; mojados quedaron los señores y muy furiosos, pero nada dijeron, porque sabían su pecado, pero, prometieron volver a vengarse de San Juan.

—Oye abuelita ¿crees que hoy lo hagan de nuevo?

—No, Alondrita, hoy sí lloverá; aquí y allá, y hasta allá.

La laguna Ojo de Mar

Comunidad: nahuas y mixtecos del municipio de Huamuxtlán, Guerrero

Narradora: Nitzy Carrasco Maldonado


Adaptación: Manuel Melesio Velázquez



Huamuxtitlán es un pueblo de la región de la montaña del estado de Guerrero, muy cerca de Oaxaca y Puebla. A las orillas de este poblado se encuentra una laguna, donde se dice que vive una sirena. Este lugar es conocido por los habitantes como laguna Ojo de Mar, es una laguna redonda y profunda, rodeada de campos de cultivo de arroz, maíz, mamey y frijol. Cerca de ahí, aunque separado por una pared natural de piedra, se encuentra un río que es utilizado para regar los terrenos.

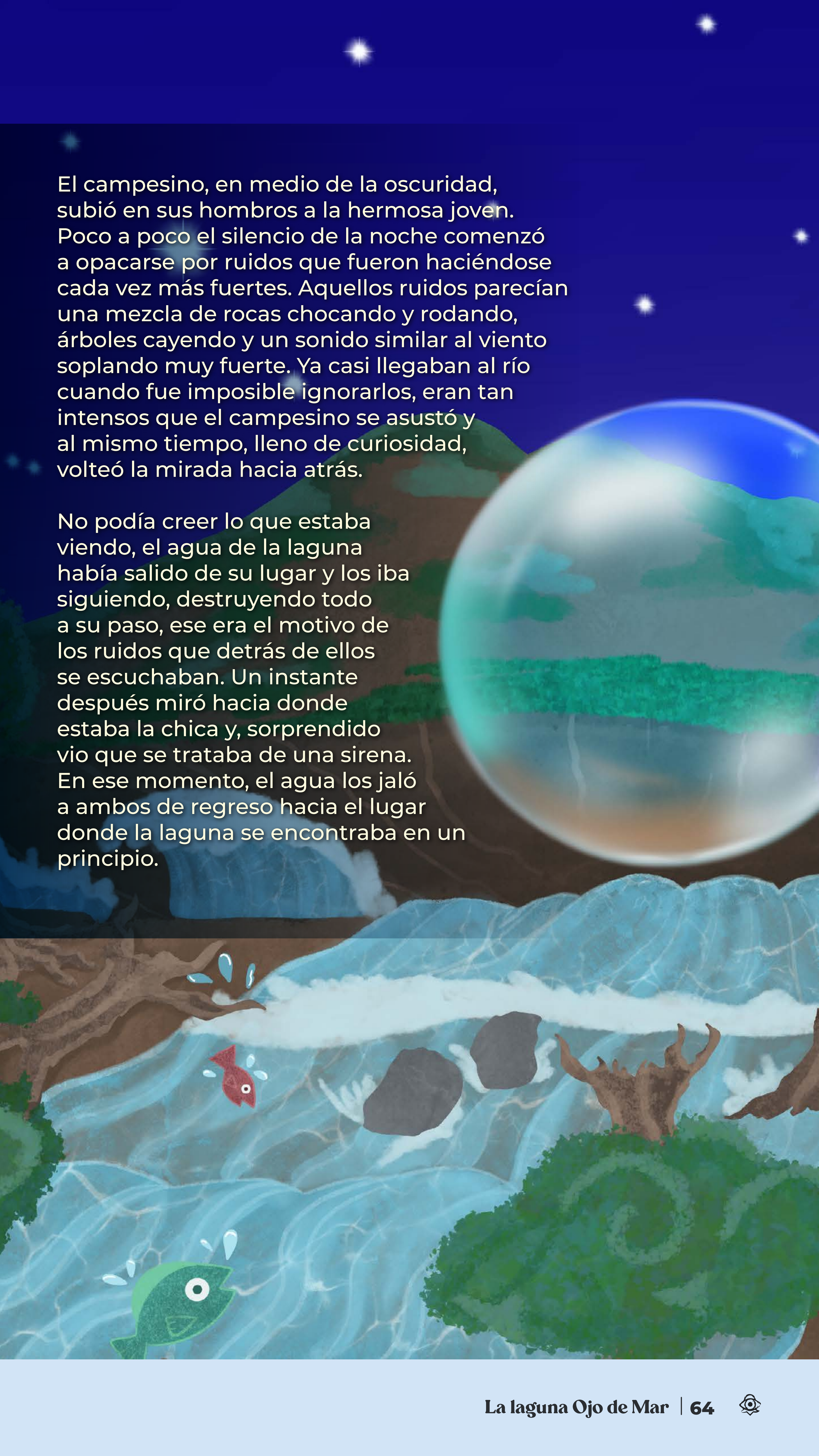
Dicen que un día, a un campesino que trabajaba en sus cultivos de arroz le agarró la noche en el camino, y cuando pasó por una vereda que lleva hacia el pueblo, cerca de la laguna, escuchó cantar a una mujer. El campesino, sorprendido, se acercó para averiguar de quién se trataba, pues era extraño encontrar a alguien cerca de ahí, y más siendo de noche. A la orilla del agua vio a una bella chica nadando, con quien se puso a platicar.





La joven le pidió al campesino que la llevara cargando hasta el río. Le prometió muchas cosas y después de un rato, el campesino aceptó. La única condición que puso la chica fue que por ningún motivo volteara hacia atrás, explicándole que escucharía ruidos, pero que no debía preocuparse, que debía seguir caminando sin detenerse.



The background of the page is a night scene. A large, glowing orb, possibly a moon or a planet, is visible in the dark blue sky, reflecting the landscape below. The landscape consists of rolling green hills and a river in the foreground. The river is depicted with blue and white waves, and there are some rocks and trees along its banks. The overall atmosphere is mysterious and magical.

El campesino, en medio de la oscuridad, subió en sus hombros a la hermosa joven. Poco a poco el silencio de la noche comenzó a opacarse por ruidos que fueron haciéndose cada vez más fuertes. Aquellos ruidos parecían una mezcla de rocas chocando y rodando, árboles cayendo y un sonido similar al viento soplando muy fuerte. Ya casi llegaban al río cuando fue imposible ignorarlos, eran tan intensos que el campesino se asustó y al mismo tiempo, lleno de curiosidad, volteó la mirada hacia atrás.

No podía creer lo que estaba viendo, el agua de la laguna había salido de su lugar y los iba siguiendo, destruyendo todo a su paso, ese era el motivo de los ruidos que detrás de ellos se escuchaban. Un instante después miró hacia donde estaba la chica y, sorprendido vio que se trataba de una sirena. En ese momento, el agua los jaló a ambos de regreso hacia el lugar donde la laguna se encontraba en un principio.



Mucha gente, sorprendida por el ruido, salió de sus hogares. Los primeros en llegar lograron ver al campesino, por lo que corrieron en busca de aquel hombre que fue jalado por el agua, lo buscaron por todos lados, pero no lo encontraron y no supieron más de él desde aquel día.

Ahora cuentan que, por las noches, cuando alguien camina solo cerca de la laguna, si pone atención, puede escuchar a una mujer cantando.

También hay quienes dicen haberla visto, sentada en una roca cerca de la orilla del agua, peinándose el cabello, esperando a alguien que la pueda ayudar a salir de ese lugar.



La niña que trajo de vuelta el agua

Comunidad: otomíes de Temoaya, Estado de México

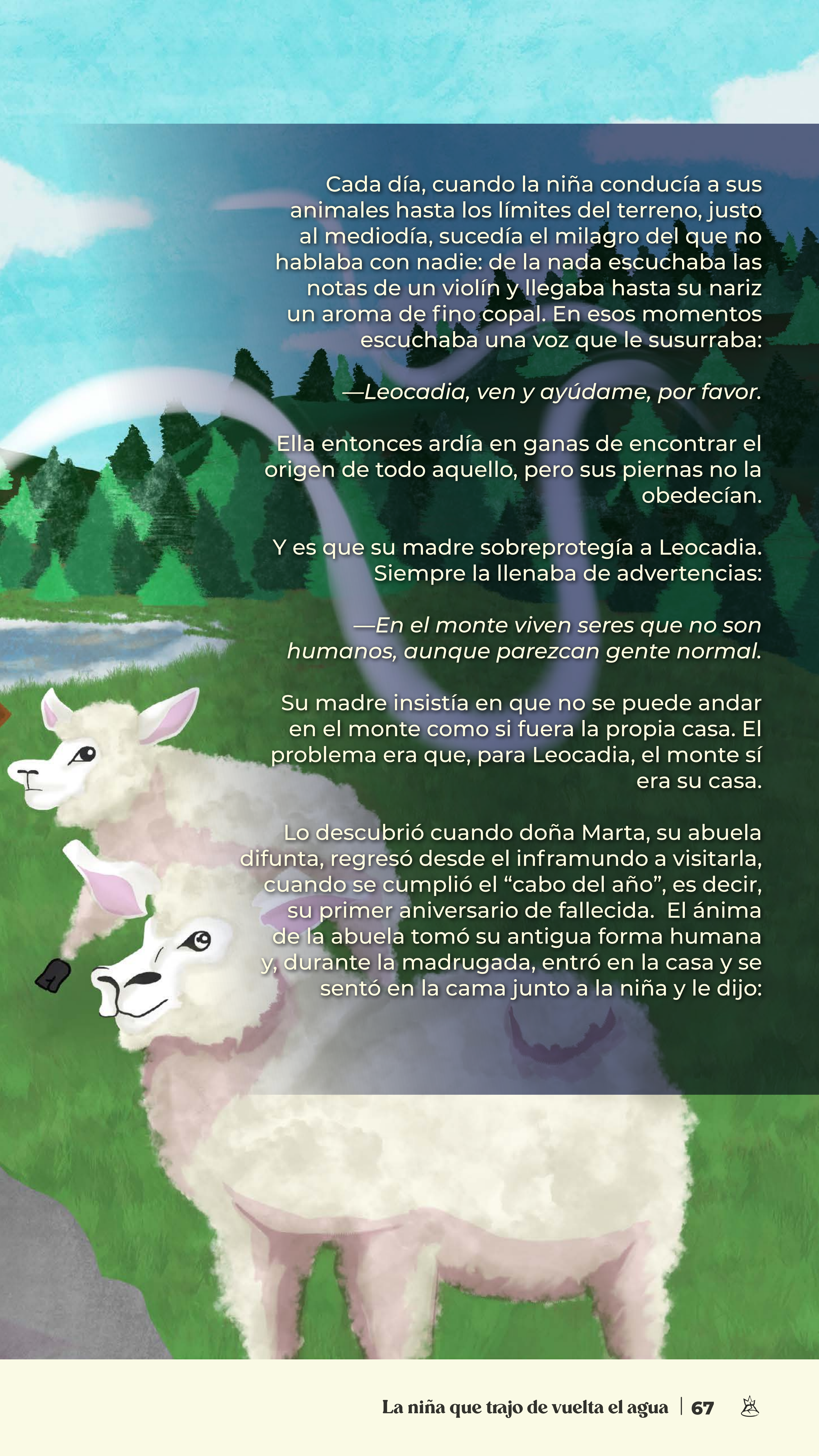
Narradora: Marcela Granados (†)

Adaptación: Carlos Arturo Hernández Dávila

–La montaña es peligrosa, no te acerques nunca a ella.

Esta era la frase que la pequeña Leocadia, o Leo, como le decían, escuchaba de su madre cuando la mandaba a cuidar a sus borregas en su pueblo, allá en Temoaya, Estado de México. Vestida con blusa y chincuete, y siempre descalza, Leocadia sentía y sabía que algo o alguien la llamaba desde lo profundo del bosque. Madre e hija vivían solas.





Cada día, cuando la niña conducía a sus animales hasta los límites del terreno, justo al mediodía, sucedía el milagro del que no hablaba con nadie: de la nada escuchaba las notas de un violín y llegaba hasta su nariz un aroma de fino copal. En esos momentos escuchaba una voz que le susurraba:

—Leocadia, ven y ayúdame, por favor.

Ella entonces ardía en ganas de encontrar el origen de todo aquello, pero sus piernas no la obedecían.

Y es que su madre sobreprotegía a Leocadia. Siempre la llenaba de advertencias:

—En el monte viven seres que no son humanos, aunque parezcan gente normal.

Su madre insistía en que no se puede andar en el monte como si fuera la propia casa. El problema era que, para Leocadia, el monte sí era su casa.

Lo descubrió cuando doña Marta, su abuela difunta, regresó desde el inframundo a visitarla, cuando se cumplió el “cabo del año”, es decir, su primer aniversario de fallecida. El ánima de la abuela tomó su antigua forma humana y, durante la madrugada, entró en la casa y se sentó en la cama junto a la niña y le dijo:



—No temas. Soy tu abuela y quiero decirte algo muy importante.

Como si la esperara, Leo aventó las cobijas y se acurrucó en su regazo.

—Dime abue, dijo Leo.

Y la abuela, acariciando su cabello, le habló así:

—Hijita, tú eres muy especial. Cuando ibas a nacer, tú y tu madre estaban a punto de morir, porque tu cuerpo venía al revés. Las parteras trabajaron mucho para acomodarte, mientras todas las mujeres de la familia rezábamos para que no hubiera una desgracia. Y cuando lograste salir del vientre de tu madre, un potente rayo cayó encima de nuestra casa. Las personas grandes del pueblo dijeron:



—El santo rayo visitó al pueblo. Algún regalo nos trajo.

—Ese regalo eres tú— afirmó la abuela. Por eso tienes que entrar al monte y hacer que llueva. ¿Viste las milpas entristecidas de sed? ¿Has notado que las borregas no tienen pasto fresco que comer? ¿Te diste cuenta de que el río está seco desde hace meses? Debes caminar hasta el manantial de Santa Rosa. Eres hija del rayo: nadie te hará daño en tu camino.

Sin pensarlo, Leocadia saltó de la cama y salió en sigilo antes de que el sol rompiera la oscurana. Sus ojos tenían luz propia, y caminó hasta el manantial, donde encontró una gran culebra con la cabeza sangrante. A su lado yacía un violín roto y un copalero igualmente hecho añicos. La culebra era Minthe, la dueña del agua.



—Acércate niña, dijo la culebra con un hilo de voz.

—Un hombre pasó por el manantial y quiso robarse el agua, llevársela para venderla en la ciudad y matar de sed a mis hijos otomíes. Lo intenté impedir, pero sacó su pistola y me disparó. Si yo muero, morirá también este manantial, y sin mi aliento las nubes no se formarán, tampoco lloverá y el maíz se quemará en las milpas. Habrá hambre y muchas lágrimas. Ayúdame, hija del rayo. Pide ayuda tu padre.

—Sé que el rayo es mi padre, pero, ¿dónde lo puedo encontrar? Nunca lo

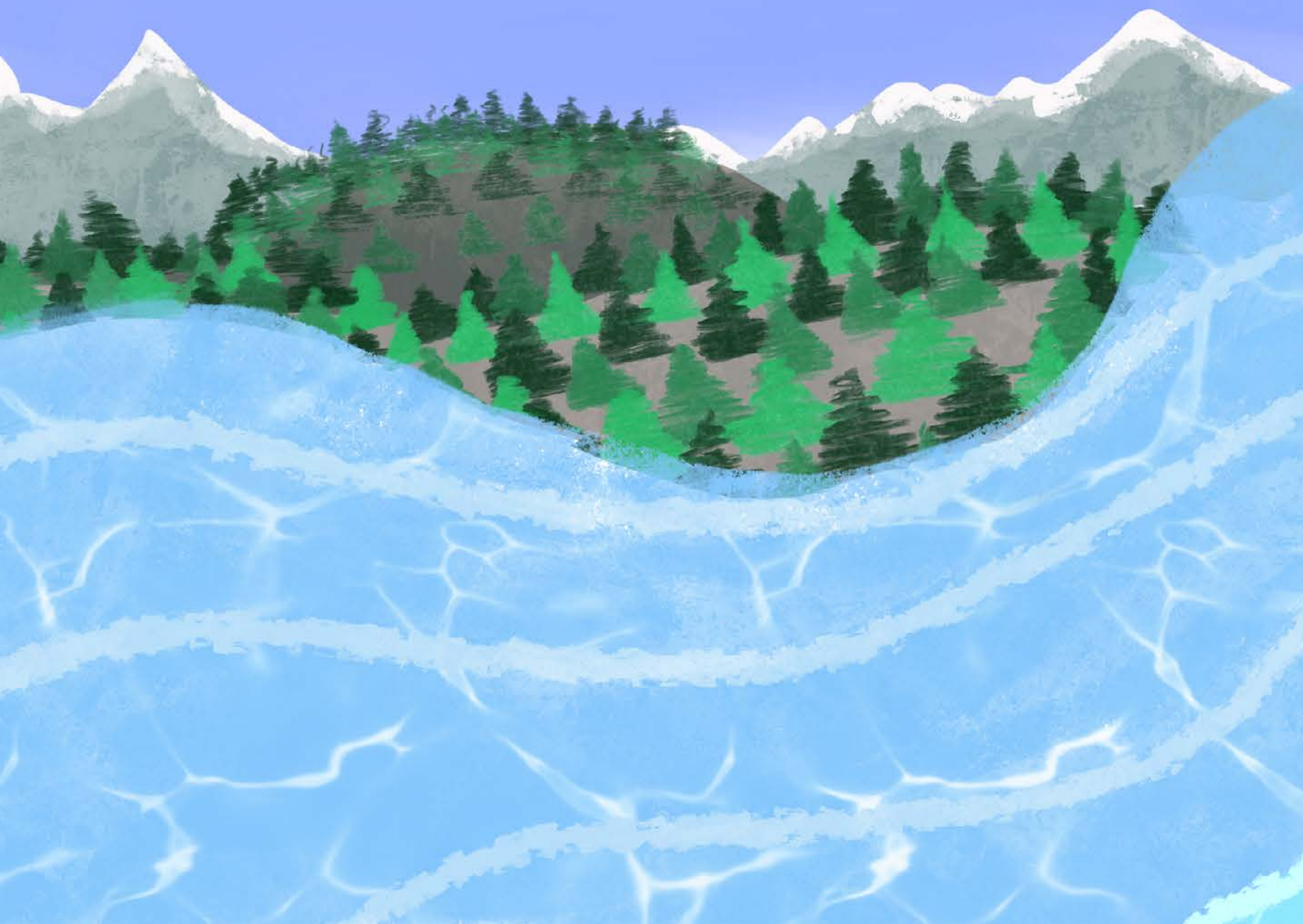
he visto ni hablado con él, respondió Leocadia.

—Entra en el manantial seco. Hay una cueva que te llevará directamente a su casa. Sólo escucharás su voz, pero no temas. Él te espera.

Leocadia entró en la pequeña oquedad del manantial que se convertía en una ancha y luminosa cueva. Caminó dentro de ella hasta escuchar una imponente voz:

—¿Quién eres, a quién buscas y qué quieres?

—Busco a mi padre el rayo, porque la dueña del agua está muriendo y necesita ayuda.



Sobrevino un breve silencio y apareció un hombre anciano de rostro bondadoso, quien le dijo:

—Yo soy tu padre, Leocadia, pero no sabes lo que me pides. La serpiente morirá pronto y necesita un relevo para que el agua siga manando por el bien de los pueblos. Y ese relevo serás tú. ¿Estás dispuesta a ser la nueva dueña del agua?

Leocadia no dudó. Nunca volvió a su casa y dio su cuerpo para que el agua renaciera. Así es que llegaron las lluvias anunciadas por ranas y luciérnagas. Y los ríos cantaron de nuevo, alegres y cristalinos. Y la mamá de Leocadia sabe, cuando bebe el agua del río, que besa el rostro de su hija, la niña que trajo de vuelta el agua para los otomíes.



